

La economía política*

Juan B. Justo

La palabra "economía" tiene un significado muy claro cuando con ella se designan las relaciones de los hombres a los fines de la técnica, la organización que se dan en cada época para adaptar el medio físico-biológico a sus necesidades, organización tan subordinada a la naturaleza del ambiente y del armamento industrial como la de un ejército al terreno en que opera y a sus armas. La ciencia económica tiene por objeto el estudio de esa organización.

¿Cómo es, entonces, que en el empleo de los términos "economía" y "económico" reina tanta confusión?

En los cerebros burgueses, la ciencia económica, ha sido ante todo la teoría del enriquecimiento, el arte sórdida de la acumulación que los griegos llamaban crematística para distinguirla de la teoría económica propiamente dicha. Aunque constituida cuando burguesía y proletariado eran todavía clases sociales de formación reciente, la economía burguesa ha ignorado la división de la sociedad en clases, suponiendo iguales a todos los que formaban lo que antes se llamaba el estado llano o el tercer estado, confusión interesada en que no han incurrido solamente los economistas. Todavía en 1853 Agustín Thierry rechazaba airado la noción de que en el antiguo régimen el tercer estado era sobre todo la burguesía, clase superior entre las que se encontraban fuera y, en diferentes grados, por debajo del clero y de la nobleza. La revolución de 1848, de acentuado tinte proletario, parecía "haber trastornado, tanto como a la Francia misma, la historia de Francia", y esto no era cómodo para el historiógrafo que ya la había escrito ignorando al proletariado. Denuncia, pues, Thierry la noción histórica de la moderna lucha de clases como un "prejuicio esparcido por sistemas que tienden a dividir en clases mutuamente hostiles la masa nacional, hoy una y homogénea".

* El presente artículo fue publicado en: *Revista de Ciencias Económicas*. Publicación mensual del "Centro de estudiantes de ciencias económicas". Facultad de Ciencias Económicas-UBA, Buenos Aires, año VII, n° 62, agosto de 1918.

Así como desde que hubo despojado al clero y a la nobleza la burguesía ha considerado sagrada la propiedad, desde que ha adquirido la supremacía política cree que la sociedad humana ha llegado a la perfección, considera terminada la Historia, y ve en el salario una relación permanente y eterna. En este mundo de contratantes libres y autónomos —dice—, ¿no es acaso el salario un contrato? La economía moderna consiste en la circulación de mercancías, en la producción para el cambio; y en ese mercado general de compraventas entra el proletario con lo que tiene, su fuerza de trabajo, cuyo precio, como el de cualquier otra mercancía, depende de la oferta y la demanda. Tal han razonado y razonan los teóricos burgueses, para quienes no hay o no parece haber contradicción entre ese dogma del trabajo-mercancía y la más perfecta igualdad. No clasifican a los hombres en clases, según su situación y su función actuales en la sociedad; no comparan al moderno proletario con otras categorías de hombres pasadas y presentes, con el esclavo, con el empresario, con el rentista; lo asimilan a las mercancías, lo comparan con los objetos de cambio, y demuestran a su modo que del producto del trabajo humano una parte debe tomar necesariamente la forma de renta del suelo, otra corresponde a esa entidad impersonal que se llama capital, y sólo el resto puede ser distribuido en forma de salarios. Pretender modificar ese orden de cosas es un delito contra natura. Toda simpatía es superflua, todo odio, insensato en la relación de empresario y trabajador. ¡Este debe mirar como resultado de un místico designio, de una eterna fatalidad, el sistema que lo equipara a una cosa o un animal!

Aunque nadie se ha planteado el problema de cuánto vale un rentista en moneda alguna, los economistas discurren doctoralmente sobre cuánto vale un trabajador. “Las apreciaciones —dice el profesor Marshall, de la Universidad de Cambridge—, se han hecho de distintos modos, todos ellos aproximados, y algunos aparentemente defectuosos en principio; pero la mayor parte de ellos encuentran que el valor medio de un inmigrante es de más de 200 libras esterlinas.” ¿Para quién? No para el inmigrante mismo, cuyo valor calculan los economistas deduciendo lo que ha de consumir de lo que ha de producir; no tampoco para los trabajadores del país que lo recibe, con quienes el recién llegado va a competir; las 200 libras las vale indudablemente desde su llegada el inmigrante para la clase que va a explotarlo. Un profesor Nicholson lleva más lejos la pretendida encuesta, y estima en oro la población, el “capital humano viviente”, del Reino Unido. Así la moneda, medida y signo del valor de los productos del trabajo humano, inventada para facilitar las relaciones entre los hombres, se coteja, por una inconcebible aberración, ¡con las personas mismas de los hombres!

Marshall caracteriza así la función del capitalista: “Elegirá en cada caso los factores productivos mejores para su propósito: la suma de los precios que paga por los factores que emplea será, por regla general, menor que la suma de los precios que tendría que pagar por cualquier otro juego de factores con que se pudiese substituirlos. La mano del hombre será mejor, por ejemplo, para carpir una plantación valiosa, de crecimiento irregular, mientras que para limpiar un sembrado de maíz será más ventajoso emplear la fuerza del

caballo; y la aplicación de cada uno de esas fuerzas se extenderá en uno y otro caso hasta que todo uso mayor de ella no aporte ventaja neta alguna". "En el margen de indiferencia —agrega Marshall—, entre el trabajo manual y el del caballo, sus precios tienen que ser proporcionales a su eficiencia, y así la ley de sustitución habrá establecido directamente una relación entre los salarios del trabajo y el precio que hay que pagar por la fuerza del caballo."

En la economía política burguesa, como factores de la producción, entran, pues, indistintamente materias primas, máquinas, hombres y caballos. De ahí la obscuridad de sus conceptos y lo ininteligible de su jerga. Asimila al productor manual al instrumento animado o inanimado, confunde al obrero con los animales y las cosas, y no puede, por consiguiente, distinguir las relaciones de los hombres a los fines de la técnica, o la división del trabajo, de la técnica misma, o sea la acción intencional de los hombres sobre los animales y las cosas. ¿Qué de extraño entonces que sean absurdas e incomprensibles sus doctrinas generales sobre las sociedades humanas?

El poeta Ruskin se ha entretenido en mostrar la vaciedad de las fórmulas de los economistas en la chispeante crítica que hace a su compatriota Stuart Mill. "Riqueza —dice éste— son las cosas útiles y agradables que se pueden cambiar", y es rico quien posee muchas de esas cosas. "Riqueza —le contesta Ruskin— es la posesión de artículos útiles que podemos usar. Hay individuos congénita y eternamente pobres." "Riqueza —repite en un ingenioso juego de palabras— es la posesión de lo valioso por los valientes." "No hay más riqueza que la vida", proclama por fin.

Los investigadores de los fenómenos sociales a quienes ha animado un sentimiento de humanidad han rechazado siempre las confusas falacias que los economistas presentan como verdades científicas. Y cuando se habló ya de sociología, ésta negó redondamente a la economía política la dignidad de ciencia, por ser imposible separar el estudio de las relaciones de los hombres en la producción del de las sociedades en general.

Desde que, al estudiar la Historia, se ha puesto más atención en las relaciones de los hombres en el trabajo, ha venido reconociéndose el carácter evolutivo de esas relaciones, sometidas, como la técnica, a perpetua transformación; y al comprender su valor fundamental en la organización de las sociedades, la historiografía ha venido haciéndose más económica, y la ciencia económica más histórica, estudiándose ahora lo técnico-económico como la faz fundamental de la Historia.